

Arrugas sobre el Camino Angosto

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mat.7:15). Por únicamente segunda vez en el sermón, Jesús comienza Sus palabras con una seria advertencia de “guardaos” (del Griego *proskete*). La primera dirigiéndose en relación a un peligro desde adentro — la hipocresía (Mat.6:1). Él habla ahora del peligro desde afuera — los falsos maestros. Hay algunas suposiciones naturales que descansan detrás de la urgente advertencia del Señor (Vea a John R. W. Stott, *Christian Counter-Culture*, pág. 197).

La primera es que los falsos profetas no sólo eran una posibilidad teórica, sino una realidad palpable y amenazante. El Hijo de Dios nos está diciendo que el reino de los cielos debe ser buscado en un mundo donde las mentiras y los engaños alrededor de él abundan. No hay nada nuevo en esto. El Antiguo Testamento está repleto con advertencias sobre los falsos profetas (Deut.13:1-3; 18:20-22; Jer.23:13-32; 27:9-10; 29:8-9; Ezeq.13:1-23; 22:28; Miq.3:11; Sof.3:4). Jesús, en la última semana antes de Su muerte, hizo sonar una alarma final sobre la futura aparición de pseudo-profetas y pseudo-Cristos (Mat.24:5, 11, 24) y las epístolas del Nuevo Testamento revelan que el mundo de los apóstoles estaba lleno de ellos (Hech.20:28-29; 2 Cor.11:1-4, 13-15; Gál.1:6-9; Col.2:8, 16-19; 2 Tes.2:8-12; 1 Tim.1:19-20; 4:1-2; 2 Tim.2:16-17; 4:3-4; Tito 1:10-11; 2 Ped.2:1-2; 1 Jn.2:18-23; 4:1-3; 2 Jn.9-11; Jud.3-4; Apoc.2:15, 20-24).

Es evidente del Nuevo Testamento que nunca existió un tiempo cuando los Cristianos no hayan sido confrontados en controversia con alguna forma de un falso evangelio. Aquellos que quieren servir al Señor, pero estar libres de cualquier preocupación agobiante de los falsos maestros están sencillamente esperando lo imposible. Nadie va a encaminarse con seguridad por el camino estrecho sin tener algunos combates desgarradores con los pseudo-discípulos que intentan derribar su fe. Hay un número de Cristianos quienes todavía sostienen el mito que existió un tiempo idílico en la historia del pueblo de Dios cuando la falsa enseñanza era desconocida y la paz y la unidad reinaban supremamente. Para la seguridad de nuestra propia fe, necesitamos abandonar esa ilusión y reconocer que “... a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hech.14:22). Y algunas de esas tribulaciones, surgirían de nuestros propios hermanos quienes hablarían “cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos” (Hech.20:30). Nuestro Salvador ha dado esta advertencia desde el principio. La más grande amenaza para los que sinceramente están buscando entrar por la puerta angosta es aquella manada de engañadores que siempre parecen estar rondando alrededor donde los asuntos de vida y muerte están siendo debatidos. Estos falsos discípulos son maestros en volver confuso lo que es eminentemente obvio — la diferencia entre la voluntad de Dios y la del hombre, la distinción entre el camino ancho y el estrecho.

Pero ¿Quiénes son estos falsos profetas de los que habla Jesús? Ellos parecen no ser del futuro, sino del presente — maestros que están de pie incluso para evitar que las almas sinceras entren al reino de Dios. Pensamos casi inmediatamente en los Escribas y Fariseos cuyas perversiones e hipocresía han sido un tema dominante en este gran sermón. Es verdad que ellos no eran discípulos de Jesús, aunque ciertamente reclamaban ser las verdaderas “ovejas” del rebaño de Dios. En Su última excoriante reprensión sobre estos hipócritas, el Señor les acusó de estar cerrando “el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando” (Mat.23:13). Él les llamó líderes ciegos de “guías de ciegos” (Mat.15:14) y advirtió a sus discípulos a apartarse de su enseñanza (Mat.16:6-12). La advertencia de Jesús ciertamente no está limitada a la aplicación de los Fariseos y su clase, pero comienza allá y llega a abarcar a todos los que quieren pervertir el evangelio y oscurecer la puerta angosta.

La segunda clara premisa de la amonestación de nuestro Señor sobre estos “falsos profetas” es que hay una objetiva norma por la cual aquellos que vienen reclamando hablar la voluntad de Dios pueden ser juzgados como verdaderos o falsos. La misma presuposición guió la enseñanza de Moisés quien advirtió sobre aquellos profetas que se manifestaron con las aparentes señales y maravillas fueron señaladas como engañosas cuando llamaba a Israel a desobedecer la ya revelada voluntad de Dios (Deut.13:1-4). Los falsos profetas eran aquellos que “... hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová” (Jer.23:16). Jesús, como Moisés, no es un sincretista, trazando radicalmente creencias conflictivas y finalmente llamándolas a todas por igual como verdaderas. Él ya ha identificado al falso maestro en este sermón como alguien que quebranta el mandamiento de Su Padre y lo enseña a los demás de la misma manera (Mat.5:19). El espíritu existencial de estos tiempos hace a los hombres retroceder a lo absoluto. La “verdad” para ellos, es todo un asunto de gusto personal. Pero el espíritu del Gran Maestro es inflexiblemente exclusivo. Él únicamente dice que es la revelación de la Verdad y nadie puede encontrar a Dios separado de Él (Jn.1:18; 14:6). La voluntad de Su Padre (Mat.7:21), Sus propias palabras (Mat.7:24), son la norma del juicio. Los maestros en nuestro tiempo o en cualquier otro que dicen que “hay muchos caminos que conducen a Dios” no han sido enviados por el Unigénito Hijo. Son falsos. Son engañadores.